

la mitad para sí, y que habia repartido la otra mitad á la gente que venia con él. No quiso preguntar más el Almirante, dándose, al parecer, por satisfecho.

Caminaron ambas carabelas y entraron en un puerto que tiene al lado un rio, distante quince leguas de Monte-Cristo, donde habia rescatado oro Martin Alonso Pinzon, y habia sacado de allí, por fuerza, cuatro isleños, los que le mandó el Almirante dejase en su tierra; y quizás esta accion dió lugar á que se llamase Puerto de Gracia; bien que como fué en este puerto donde el Almirante perdonó á Pinzon, es opinion de muchos autores que esta fué la causa de ponerle este nombre.

CAPITULO III.

SIGUE COLON EL DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA: PRIMERA

BATALLA ENTRE INDIOS Y CASTELLANOS

EN LA BAHÍA DE SAMANA, Y PARTE PARA CASTILLA.

AÑO 1493.

Al salir de Puerto de Gracia se vió una sierra que pareció cubierta de nieve, pero acercándose más se reconoció que era una piedra muy blanca que cubria la cima de toda aquella sierra; y por habérseles afigurado á los nuestros plateada, fué llamada Monte de Plata; y un puerto que está al pié de ella fué, por la misma razon, nombrado Puerto de Plata, que es de hechura de una herradura de caballo, y los franceses, corrompiendo este nombre, lo llaman *Porto Plate*. De allí Colon corrió toda la costa, poniendo nombres á todos los cabos que vió; y despues de haber an-

dado como treinta leguas, maravillado de la grandeza de la isla, llegó á visitar otro cabo, que llamó de los Enamorados; y emparejando con él, descubrió una grandísima bahía, formada por una península que los isleños llaman Samaná, y hoy conserva este nombre. Envió el Almirante la barca á tierra, y en la playa hallaron los nuestros algunos indios feroces en el aspecto, con arcos y flechas, armas que no se habían visto en ellos en los antecedentes descubrimientos. Algunos españoles trabaron conversacion con ellos; compraron un arco, ó dos, y algunas flechas. Rogaron á uno de ellos fuese á hablar con el Almirante á su carabela: su habla se conformaba con su fiereza; y como creyese el Almirante que éste fuese de los caribes (por verlo desnudo, embijado y con los cabellos muy largos y recogidos delante con una redecilla de plumas de papagayo), le preguntó dónde habitaban los caribes; y el indio señaló con el dedo, que más al Oriente estaban, en otras islas. Preguntado asimismo, dónde había oro, dijo con las mismas señales, que entre su isla y la de los caribes antropófagos, había otra isla llamada Boriquen, que hoy es San Juan de Puerto-Rico, cuyos habitantes no eran caribes, y que allí había oro, pero de ménos calidad que el de Cibao. Esto es lo que pudieron entender los indios in-

térpretes de San Salvador. El Almirante le regaló algunas bagateles y lo despidió. Los marineros que le acompañaban para dejarlo en tierra, se sorprendieron, al acercarse, de ver escondidos entre los árboles una bandada competente de indios armados con sus arcos y flechas. Los nuestros se pusieron sobre las armas. El indio que iba en la barca hizo señas á los otros para que dejasen las armas referidas, y un palo grueso que llevaban en lugar de espada, de palma durísima y pesada, con que daban crudísimos golpes. Llegáronse á la barca, y los nuestros les compraron arcos y flechas, de orden del Almirante, y otras armas. Habiendo vendido dos arcos los indios, no quisieron vender más; ántes, irritados, se aparejaban para prender á los españoles; pero estos, que eran siete, como estaban sobre aviso, los embistieron, y hirieron á dos de ellos con las espadas. Espantados los indios, considerando las heridas que harían nuestras armas, huyeron, dejando caer arcos y flechas, y hubieran muerto muchos si les quisieran seguir; y esta fué la primera vez que en esta isla se tomó las armas entre castellanos é indios; motivo por que se llamó esta bahía Golfo de las Flechas, nombre que no ha conservado. De aquella escaramuza no le pesó al Almirante, para que supiesen los bárbaros á qué sabían las armas de

los cristianos y fuesen respetados los que andaban en la Navidad, llegando á saber los isleños que siete castellanos habian ahuyentado cincuenta y cinco indios tan feroces.

Como ambas carabelas se sentian del gran trabajo y riesgo que se corre en tan prolija navegacion, y la tripulacion fastidiada padecia mucho en sostenerla, no juzgó el Almirante conveniente continuarla.

El diez y seis de Enero partió con buen tiempo la vuelta de Castilla; y corriendo el Nordeste, los indios que llevaba señalaron la isla de San Juan ó Boriquen. Vió tambien algunas islas de las pequeñas Antillas; y aunque deseaba reconocer aquellas islas, por no desconsolar la gente no se acercó á ellas.

Despues de haber navegado con próspero viento cuatrocientas ó quinientas leguas en alta mar, empezó de dia en dia á ensoberbecerse el mar, lo cual toleraban con gran fatiga, y por esto el juéves catorce de Febrero corrieron de noche adonde el viento los quisiese llevar. Entónces la carabela Pinta (en que iba Pinzon), porque no podia mantenerse tanto en el mar, á poco correr al Norte se desapareció. Al amanecer fué más recio el viento, y mayor el miedo de perderse, con el desconsuelo de pensar que se habia perdido la Pinta. Viéndose todos en gran

peligro, hicieron votos sobre votos, y el último fué de ir descalzos y en camisa (en procesion) á hacer oracion en la primera tierra que encontrasen, donde hubiese iglesia de nuestra Señora. No cesaba el mal tiempo, porque por falta de lastre, ocasionada del consumo de los viveres, se veía el navío del Almirante muy expuesto á perecer. Entónces, considerándose Colon muy cerca de la muerte, se valió de un arbitrio bastante singular para que no dejase de llegar á noticia de los Reyes lo que en su servicio habia trabajado. Escribió en un pergamino, con la brevedad que pedia el tiempo, todo lo que pudo de lo que habia descubierto, y envuelto en un paño encerado metióle en un gran barril bien cerrado, y lo echó al mar sin que nadie pensase, sino que era alguna devocion.

En esta accion, como lo refleja un autor juicioso (*), no obró segun las máximas de su prudencia acostumbrada, porque cualquiera otra Corte, que no fuese la de España, podia hallarse informada de una cosa que únicamente pertenecia saber á los Reyes Católicos, y aprovecharse de semejante noticia en su perjuicio. Pero el cielo, que lo reservaba para grandes cosas, le libró de ese peligro, pues luego aflojó el vien-

(*) Padre Charlevoix.

to, calmó el mar, y al amanecer se avistó tierra en las cercanías de la Isla de Santa Maria, que es una de las Azores.

Con mucho trabajo anduvieron dando bordos, sin poder tomar la isla; y el Almirante, muy fatigado de las piernas (por haber estado siempre descubierto al aire y el agua) durmió un poco; y el lunes diez y ocho, despues de una tempestad deshecha, que habia durado quince dias continuos, surgió al fin á la parte del Norte de la isla. Apénas tuvo noticia de la llegada del Almirante el capitan D. Juan de Castañeda, que mandaba en la isla, le envió refrescos, con muchos cumplimientos de su parte. Agradeció esta atencion política el Almirante; y con todo, se portó con cuidado, diligencia que le aprovechó.

Acordóse el Almirante del voto que él y toda su gente habian hecho, por la noticia que le dieron los mensajeros portugueses del capitan Castañeda, que allí estaba cerca una ermita de nuestra Señora, y pareciéndole que era esta buena ocasion para cumplirlo, mandó que la mitad de la gente saliese en procesion, como lo habian ofrecido, á dicha ermita, resuelto (en volviendo) á salir él con la otra mitad. Como se tardaba mucho su gente en volver, quiso saber la causa de su detencion, y supo que habia sido arrestada. Envió sus quejas al gobernador portugués, á

las que satisfizo con una respuesta muy orgullosa y muy insultante para los Reyes de Castilla: con todo, hubo de bajar de tono Castañeda, y se contuvo por las amenazas que le hizo el Almirante, de que habia de usar de represalias. Pidió testimonio de todo lo que habia pasado á todos los que estaban en el navío, y aun le remitió sus mensajeros, de quienes supo, que ciertamente habia orden del Rey de Portugal de asegurarse de su persona y que Castañeda estaba muy pesaroso por haber errado el tiro.

CONTINUA SU VIAJE EN ALMIRANTE PARA CASTILLA EN LA CORTE DE PORTUGAL, Y AL FIN LLEGA AL PUERTO DE PALOS.

Después de haber estado en la corte de Portugal, y de haber recibido el testimonio de los mensajeros, el Almirante se volvió á la isla de Santa Maria, el domingo veinte y cuatro de Mayo, con buen tiempo, después (el día de Martes) estando como cien leguas distante de las costas de España, surtió una gran tormenta, no ménos larga y cruda que la primera, por lo que sobre las costas de Portugal, cambió el viento un poco, y púshase á burlar, segund se cuenta en el libro, pero como estaba todavía la mar agitada, se volvió á entrar en el río de Lisboa, y al instante despues corrió á los Reyes Castillos de su realidad, y despues de haber avisado al Rey de Por-

CAPITULO IV.

CONTINUA SU VIAJE EL ALMIRANTE PARA CASTILLA:

LLEGA A LISBOA: LO QUE LE SUCEDIÓ

EN LA CORTE DE PORTUGAL, Y AL FIN LLEGA AL
PUERTO DE PALOS.

Partió el Almirante á Castilla, de la isla de Santa María, el domingo veinte y cuatro de Febrero con buen tiempo, y despues (el dos de Marzo), estando como cien leguas distante de las costas de España, sufrió una gran tormenta, no ménos larga y cruda que la primera, que lo echó sobre las costas de Portugal. Cambió el viento un poco, y pudiera haber seguido su derrota á España; pero como estaba todavía la mar agitada, se vió precisado á entrar en el rio de Lisboa, y al instante despachó correos á los Reyes Católicos de su venida, y despues dió aviso al Rey de Por-

tugal, pidiendo licencia para surgir en el puerto de su capital, la que obtuvo; mas apénas habia echado las anclas, cuando el patron del galeon armado de guardia vino á decirle que fuese á dar cuenta con él de su venida á los ministros del Rey. Don Cristóbal Colon respondió, que los Almirantes de los Reyes de Castilla, como él, no estaban obligados á dar cuenta á nadie. Entónces se le dijo que enviase alguno de su parte. No quiso el Almirante, diciendo que todo era uno, ir él ó enviar alguno, aunque enviase un grumete; que no podia desamparar su navío, ni estaba obligado á ir donde lo llamasen. Dijo el patron, que pues estaba en aquella determinacion, á lo ménos le manifestase las cartas y comisiones de los Reyes Católicos para que le constase, y poder satisfacer á su capitan. Le enseñó sus patentes el Almirante, y el patron del galeon se volvió, dando cuenta á su capitan D. Alvaro de Acuña, quien, al punto que lo oyó, fué á la carabela del Almirante con grande estruendo de cajas y obóes, y le hizo sus ofrecimientos. Luego que se supo en Lisboa que el Almirante venia de las Indias, acudió muchísima gente hácia el puerto á la novedad, y se cubrió el mar de barcas portuguesas, queriendo cada cual ver aquellos hombres venidos del otro mundo, y á los indios, con deseos de informarse del detalle de un acaeci-

miento tan grande. El día siguiente recibió una carta del Rey de Portugal, alegrándose de su venida, rogándole que no se fuese sin verle, sobre lo cual dudó el Almirante lo que había de hacer; y por no mostrar desconfianza, se determinó á dar gusto al Rey, que había mandado se le diesen refrescos y todo lo que necesitase para sí y su gente, de balde, y le aseguraba que no se le haría violencia, bajo su palabra real. Fué á dormir á Sacabén, donde fué recibido magníficamente, y otro día llegó á Valparaiso, adonde estaba el Rey, que mandó saliesen á recibirle todos los nobles de la Corte, y le hizo mucha honra, mandándole se cubriese y sentase. Después de haberse entretenido el Rey con él, informándose de las particularidades de su viaje, le dijo: que según las capitulaciones que había entre él y los Reyes Católicos, le pertenecía aquella conquista. Respondió el Almirante que no sabía nada de tales capitulaciones, y que lo que á él se le había mandado, era que no tocase á la Guinea y Mina de Portugal, y que así lo había observado. Después se terminó un buen rato esta audiencia con cumplimientos y ofertas de parte del Rey. Quedó la Corte admirada de ver aquel piloto, que pocos años antes tenían por un hombre plebeyo y lleno de ideas quiméricas. Respondía á todas las preguntas del Rey con gran juicio y seriedad, y

conforme á la dignidad de un Almirante y Virey. Entónces fué cuando se tuvo el grandísimo sentimiento de no haber admitido la propuesta de Colon tan felizmente ejecutada y verificada, que se había desechado con tanto desprecio, y hoy era tan ventajosa para la España: fué tanto el despecho, que hubo quien ofreciese al Rey de matar al Almirante para que no se supiese lo que había descubierto; pero el Rey tuvo horror de semejante proposición, y no lo consintió.

Mandó al Prior de Crato, que era la persona más principal que estaba cerca de su persona, que le hospedase: tuvo segunda audiencia del Rey, que le mostró mucho amor, y le hizo muchos ofrecimientos, y colmado de honras, el Almirante se despidió del Rey, y le acompañaron todos los caballeros de la Corte. Mandó S. M. á Don Martin de Noroña, que le guiase hasta Lisboa: pasó por Villafranca, adonde se hallaba la Reina, que deseaba verlo: la besó la mano, y en habiéndola dado cuenta de su viaje, se partió, muy agasajado y favorecido de la Reina: alcanzóle un gentil-hombre del Rey, que le dijo en su nombre, que si quería ir por tierra á Castilla, le mandaría acompañar y hospedar por todo el camino, dándole todo lo que fuese menester, hasta los confines de Portugal. Recibió estas ofertas con la veneración debida; mas no las admitió, y el día trece de Marzo

se hizo á la vela para Sevilla, con viento tan favorable, que el viérnes quince, á hora de medio dia, entró con la marea por la barra de Saltes, y surgió en el puerto de Palos, de donde habia salido, á tres de Agosto del año antecedente, de mil cuatrocientos noventa y dos; de manera que tardó en su viaje siete meses y medio; término bien corto para tan singular hazaña como la que ejecutó, descubriendo con indecibles trabajos las islas de esta parte del Norte, que llaman de Barlovento, y haciendo el mayor viaje en alta mar que de memoria de hombre se habia emprendido, cuyas circunstancias traen el historiador Antonio de Herrera, y D. Fernando Colon muy por menudo, y con grandísima exactitud refieren todo este viaje, por lo que no me he detenido en referirlo con prolijidad, sino apuntando lo que me ha parecido digno de una clara y sucinta relacion.

—•••••

CAPITULO V.

DA PARTE EL ALMIRANTE DE SUS DESCUBRIMIENTOS AL REY CATOLICO, QUIEN LE CONFIRMA SUS PRIVILEGIOS Y HONRAS: SE ALCANZA DEL PAPA LA APROBACION DE LA CONQUISTA.

Saltó en tierra el Almirante en Palos de Moguert, donde fué recibido á són de todas campanas, y con grande regocijo de toda la Villa, admirando sus vecinos hazaña tan extraña, que nunca pensaron ni imaginaron que podia acabar tan dichosamente: hacian gran misterio de que el Almirante hubiese salido de aquel lugar, y llevado la mayor y más noble gente de aquella tierra, como eran los Pinzones, aunque uno de ellos usase alguna perfidia y desobediencia. Súpose entónces que la carabela Pinta, que por la tempestad se habia separado del Almirante, habia arribado á